



SENCILLO Y AFABLE, ALFAU DURAN ERA UN SABIO DE ENVERGADURA

Por Angela Peña

En la residencia de don Vetilio Alfau, una de las más acogedoras y antiguas de Gazcue, no había guardianes, ni celosos perros, ni una exigente secretaria que impusiera al visitante el anuncio o la larga espera.

Las puertas de esa casa, en donde vivió el dominicano con mayor conocimiento de la historia de su país, siempre estuvieron abiertas para quien quisiera consultarle. Sus orientaciones, desinteresadas, llegaban siempre exactas y a la hora que uno las buscara.

Por eso, más que la admiración que despertaba el amplio dominio que sobre esa ciencia tenía don Vetilio, era impresionante la sencillez de este hombre que nunca negó respuesta amplia y documentada ante la ignorancia o el deseo de conocer un dato histórico.

Para una persona joven, que ha estado oyendo frecuentemente el nombre de otra tan importante como fue don Vetilio, era el más grande halago el sentirse recibida y despedida por un sabio de su envergadura.

Porque casi nadie, en estos interesados tiempos, está ofreciendo gratuitamente su experiencia de toda la vida a cambio de nada, ni mucho menos, obsequia ese desborde de finura, gentileza y atención que eran innatos en don Vetilio.

Las constantes visitas me hicieron familiar en su vivienda. Porque consciente de la riqueza de sus ideas históricas, casi nunca me aventuraba a escribir de nada relacionado con historia que él no aprobara: estaba segura de que iba a repetir uno de los tantos errores e inexactitudes de que están plagados muchos escritos sobre el particular.

En su casa se mezclaban los importantes y los “anónimos”. No era raro encontrarse allí con don Juan Isidro Jiménez Grullón, Monseñor Polanco Brito, don Emilio Rodríguez Demorizi, Frank Moya Pons, Agustín Concepción y hasta oír que lo llamaba un ex Presidente dominicano: todos acudían tras la búsqueda de información histórica.

Y don Vetilio, de quien me parece ahora escuchar el característico pisar con sus invariables pantuflas, y observarlo en su nítida y también invariable pijama, pasaba el día “entreverado” en su amplio balcón y leal mecedora, siempre recibiendo, atendiendo y llevando hasta la portada al visitante.

Yo creo que tengo muy poco que escribir sobre él. Lo hice reiteradamente mientras él vivió, aunque casi siempre recibía un regaño por estos atrevimientos, debido a que cualquier elogio sobre su persona contrastaba con su intolerable modestia.

Cada 26 de abril, fecha de su cumpleaños, lo sorprendía con un comentario periodístico y una foto, y casi dos o tres veces al mes le aparecía buscando orientación o requiriendo su presencia para presentarlo con orgullo ante un escritor o investigador extranjero. Con todos hablaba él, no sólo de su historia patria, sino de la



latinoamericana y, a veces, traían a sus conversaciones el recuerdo de un viejo historiador de otro país con quien mantenía correspondencia o a quien conoció en un viaje.

En cualquier momento estaba dispuesto a ser complaciente y atento don Vetilio, hasta en sus últimos días, cuando más se deleitaba charlando porque, al cambiar de residencia —frente a la antigua— pudo construir un anexo especial para sus libros y sus gentes.

Pero siempre le acompañaban con sus visitas doña Nona, su esposa, y sus hijos Vetilio y Salvador, que de tanto oír información histórica llegaron a convertirse en los auxiliares de la memoria de don Vetilio. A Manuel, su otro hijo, casi no tuve oportunidad de tratarlo, porque cuando yo conocí a don Vetilio él realizaba estudios y trabajos de ingeniería electromecánica en el extranjero.

A quien siempre vi en la casa, como un miembro más de la familia Alfau-Del Valle, fue a don Manuel Ramos, ex gobernador del Banco Central quien, creo, también aprendió sobremanera de la experiencia de don Vetilio.

Hace dos años, el director del Museo Nacional de Historia y Geografía, licenciado José Chez Checo, me encargó la tremenda responsabilidad de convencer a don Vetilio para que aceptara asistir al acto en que se designaría con su nombre la Sala de Conferencias del organismo, en reconocimiento a su labor.

Me dijo mil veces que no. Pero yo no me di por vencida porque había conseguido de su terquedad cosas, como, por ejemplo, permitirme escribir su biografía, que se distribuyó la noche del 20 de abril entre los asistentes.

Fue esa la única vez que lo vi con saco y corbata. Y la única que pude presenciarlo en un acto público. Me



parece, también, que fue el único homenaje que aceptó en vida.

Hasta ese momento, y desde que lo conocía, estuve escribiendo sobre él. En esa ocasión me tocó escribir su biografía junto a la de Rodríguez Demorizi, en cuyo honor se designó con su nombre, la misma noche, la Biblioteca del Museo.

Por eso no incluyo en este comentario datos biográficos suyos, como la relación de sus obras publicadas, o sus valiosos aportes al conocimiento de la historia. Digo ahora lo que él nunca me permitió decir en vida públicamente, que aquí no había nadie que supiera más historia —pero estudiada, exacta y clara— que él.

A don Agustín Concepción le agradezco dos cosas que han sido importantes en mi vida: haberme hecho interesar por la historia y haberme presentado a don Vetilio.

Este 26 de abril ya no va a haber llamada ni visita a la casa. Mi más sincero obsequio de cumpleaños, ese día, será depositar una flor en su tumba y desear paz a sus restos.

